



Boris Navia

Las últimas horas de Víctor Jara




Boris Navia muestra la libreta en que Víctor Jara escribió su último poema.

boris Navia era abogado jefe del Departamento de Nombramiento y Personal de la Universidad Técnica del Estado y Víctor Jara era funcionario del Departamento de Extensión y Comunicaciones. El 11 de septiembre tenía que cantar en el acto que se iba a celebrar en el frontis de la Casa Central, donde Salvador Allende anunciaría el plebiscito, y por lo tanto llegó ese día con su guitarra.

Cuenta Navia: "Los oficiales a cargo del sector llegaron a la Universidad y anunciaron que al día siguiente sacarían a toda la gente. Finalmente quedamos detenidos alrededor de 600. Pero una compañía de 10 infantes del ejército rodea la Universidad, empuja un cañón y comienza a bombardearla. Los obuses traspasaban las paredes y caían en el jardín de rosas a nuestro lado. Y descargaron toda la ametralladora sobre la casa. Ahí nos tienen hasta las 3 de la tarde".

El miércoles 12 fueron trasladados al Estadio Chile e ingresados a punta de culatazos en medio de un corredor de soldados por la calle Unión Latinoamericana. Navia relata: "Un oficial descubre a Víctor Jara: 'A ese hijo de puta me lo traen', y le ordena a un soldado sacarlo de la fila. Cuando éste se limita a empujarlo, le dice que 'no lo traten como señorita, carajo', y el soldado le pega un culatazo y Víctor cae a los pies del oficial, el que después, con los testimonios, hemos llegado a la conclusión que era el propio Mario Manríquez, el oficial a cargo del Estadio. Andaban con tenidas de combate, casco hasta los ojos, anteojos

EL SIGLO - STGO-CHILE				17.12.2004
12.66x15.65	7	Pág. 20		4328643-0

8 6 4 3

oscuros, granadas en el pecho, corvos, y su rostro casi cubierto. Al caer Víctor a sus pies, le dice: 'Así que vos soi el Víctor Jara, el cantor de pura mierda, el cantor marxista. Yo te enseñaré a cantar canciones chilenas, hijo de puta'. Y empieza a golpearlo. Primero con puños, Víctor cae, después empieza a patearlo".

Los propios soldados quedaron paralizados. "En esa golpiza le reventó un ojo a Víctor de una patada y le quebró dos o tres costillas -continúa Boris Navia. Luego, en un momento de histeria, desenfundó su pistola y empezó a golpearle la cabeza y la cara. Vemos su pelo con sangre, su frente, sus ojos. En un momento dado, se da cuenta que lo están presenciando cientos de ojos y dice: 'Qué pasa, mierda; qué pasa, huevones. Que avancen estas mierdas para adentro'. Y le ordena al mismo soldado que lo había empujado: '¡Y a este hijo de puta me lo pones en un pasillo y si se mueve lo matas, huevón, entendiste, si se mueve lo matas, carajo!'".

Víctor es arrastrado a un pasillo de entrada del Estadio, que se iba llenando paulatinamente: dos mil, cinco mil, siete mil. Era un multiscenario del horror. Matan gente, a un muchacho peruano le cortan una oreja atribuyéndole la condición de cubano..."

Un trofeo de guerra

"Yo quedé muy cerca de él porque fuimos los últimos que entramos ese día al Estadio. Víctor permanece allí el miércoles en la noche y parte del jueves 13, sin agua, sin alimento, y con un soldado de punto fijo, botado en uno de estos pasillos donde es exhibido como trofeo cuando


llegan delegaciones de la FACH, de Carabineros, de la Marina, por 'el príncipe', otro oficial muy sádico que pensamos que era Miguel Krasnoff Martchenko.

Lo que los descomponía es que él siempre respondía con una sonrisa, así lo vimos hasta el final de sus días.

Durante la 'visita' de una delegación de la FACH, un oficial le dice 'fuma, huevón' y le tira una colilla encendida a los pies. Víctor lo mira, y el oficial lo obliga a estirar la mano y en ese momento levanta la bota, le aprieta con un zapato la punta de sus dedos y con el otro empieza a golpearle las muñecas, las piernas, y le dice 'a ver si así vas a poder seguir cantando y tocando la guitarra, conche tu madre'.

Víctor permanece allí hasta el jueves 13. Ese día en la tarde hubo un revuelo en el Estadio Chile, porque llegaron buses con gente que decían ser de La Legua. Bajaron heridos y también muertos. Entonces, a través de los parlantes 'el príncipe' reclama la presencia de todos los soldados custodios en la entrada del Estadio. En ese momento se olvidan de Víctor, y sus compañeros lo arrastramos hacia las graderías para que se confundiera con nosotros. Le limpiamos la sangre, le dimos agua, un estudiante de ingeniería encontró a un conscripto conocido y le pidió alimento. El soldado se negó, pero luego regresó con un huevo crudo: 'es lo único que pude conseguir'. Víctor toma el huevo, lo perfora con un fósforo por la parte posterior e inferior y lo empieza a chupar y dice: 'así aprendí a comer huevos allá en mi tierra de Lonquén'.

Entonces le curamos las heridas y nos dimos a la tarea de disfrazarlo. Un viejo carpintero de la Universidad le regaló su

EL SIGLO - STGO-CHILE				17.12.2004
12.66x15.64	9	Pág. 20		4328645-2

8 6 4 5

chaquetón para cubrir su camisa campesina característica. Y a pesar de que nos habían requisado todo, alguien tenía un cortaúñas y empezamos a cortarle su meleta ensortijada.

Ese mismo día nos dicen que hagamos 'paquetes' de veinte para trasladarnos al Estadio Nacional. Le pusimos el nombre completo a Víctor Lidio Jara Martínez, con la esperanza que si lo sacábamos de la barbarie del Estadio Chile al Nacional, podíamos salvarlo con vida. El durmió con nosotros las noches del jueves y el viernes. Y en esas noches se desborda la humanidad de Víctor y su preocupación por su gente, por su mujer, Joan, y por sus hijas. También por el destino del Presidente Allende, por todos los artistas, y habla de su partido, de sus compañeros artistas, de todo el mundo. Cuando le preguntamos qué va a hacer él, un cantor revolucionario, en esta tiranía, en esta dictadura que se venía, simplemente dice: 'a lo mejor me volveré a mi tierra'. Pero siempre el rostro se le ensombrecía, en lo que nosotros hemos denominado un presentimiento de su muerte.

El día viernes estamos a punto de partir al Nacional y cuando ya vamos caminando hacia la puerta de entrada, una balacera exterior –supuestamente de atacantes, dijeron los milicos- nos devuelve a las graderías.

El sábado 15 comenzaron los preparativos desde la mañana para seguir trasladando a la gente al Nacional. Alrededor del mediodía tenemos noticias de que dos compañeros saldrán en libertad. Y empezamos a hacer notitas a nuestras mujeres, madres, a nuestros hijos, diciendo simplemente que estábamos vivos. Entonces Víctor me pide

papel y lápiz, yo le paso esta libreta que tenía algunas hojas. Víctor empezó a escribir una carta que presumimos era para Joan, y en el momento que está escribiendo apurado, tal vez con el presentimiento de algo, dos soldados lo cogen por atrás y lo arrastran a punta de culatazos hacia la parte superior, donde nosotros pensábamos que había una caseta de transmisión en la parte superior del Estadio. Tenían visitas, una delegación de oficiales de la Marina. Con los reflectores, veíamos los cascos con el signo de la Armada de Chile. Llevaron el 'trofeo' y el oficial parecía tener una inquina especial.

Algo le dice un marino a Víctor y parece que su respuesta le pareció mal porque comienza a golpearlo con los puños y luego los soldados que lo acompañaban comienzan a darle culatazos. El se levanta y la última imagen que tenemos de Víctor vivo es con el rostro sangrante, le corría la sangre por la oreja, mirando hacia el resto del estadio.

A las ocho y media o nueve de la noche, éramos trasladados con la manos en alto a punta de culatazos hacia los buses que nos llevarían al Estadio Nacional: Víctor, Litré Quiroga, abogado Director de Prisiones, y una treintena de cadáveres yacían en el suelo perforados a balazos.

El último poema

Cuando Boris Navia –trasladado al Estadio Nacional- sacó la libreta que le había facilitado a Víctor, se encontró con que tenía no una carta para Joan Turner y sus hijas, sino el último poema que escribió: "Canto, qué mal me sales cuando tengo que cantar espanto...".